

Volver

Comenta y Comparte

La Segunda viernes 2 febrero 2018 Opinión 23

El triunfo interno

Felipe Edwards del Río



Cuando Alexis Sánchez hace un gol por la Selección, corre a toda velocidad y lanza un grito por su éxito personal, al que se suman sus compañeros de equipo y el país entero. Si gana la Roja, ganamos todos. Es una lección que se aprende desde chico. A futbolistas de 6 años, el entrenador les inculca que "si no se celebra, no es gol", y que ningún goleador trata tranquilamente de vuelta a su lado de la cancha para continuar el partido.

En menor grado, hacemos lo mismo con los pequeños triunfos de nuestras propias vidas. Pero quizás les damos demasiada importancia a esos brillos públicos y no valoramos lo suficiente cuando ganamos sin que nadie nos vea, cuando hacemos algo que nos entrega una satisfacción menos inmediata y más profunda.

Tendemos a enfocarnos sobre metas externas. Así nos enseñaron, y así formamos a nuestros hijos. Los alentamos a obtener las mejores notas posibles en el colegio, sacar más puntos en la PSU, entrar a carreras de universidades prestigiosas, avanzar en su profesión, ganar cargos de mayor responsabilidad. Cada uno de estos pasos recibe felicitaciones de amigos, colegas y la sociedad en general, lo que en sí mismo no es nocivo. El merecido reconocimiento es un importante incentivo para superarnos, para llegar a metas que pensábamos fuera de alcance, y para aplaudir una hazaña extraordinaria o el fruto de un esfuerzo sostenido.

Otra categoría de laureles se gana fuera de competencias. Son triunfos morales, de esos tan despreciados en las canchas y los negocios. Vienen de adentro, cuando nos preguntamos cuál es el sentido de nuestras vidas, qué verdaderamente nos trae una paz interior. Se producen cuando le damos dinero a un malabarista de semáforos sólo porque nos hace sentirnos bien, cuando nos convertimos en la persona a quien nuestros amigos recurren cuando tienen que mover un mueble, o cuando plantamos un árbol que será disfrutado por futuras generaciones.

Esa es la parte de nuestro ser que no nos mide por lo que hacemos sino por lo que somos. Es la que acepta que no tenemos control absoluto sobre nuestras vidas, que estamos insertos en algo más grande que nosotros mismos. Algunos encuentran ese sentido de pertenencia en la fe, otros en la naturaleza o en servir a su



comunidad.

El comentarista estadounidense David Brooks define el primer tipo de logros como los que corresponden a un CV y el segundo a los de un elogio. Los datos del currículum pasan al olvido, mientras lo que perdura es qué tipo de persona uno fue: egoísta o generoso, jactancioso o quitado de bulla, centrado en sí mismo o atento a los demás. Aunque generalmente pensamos que el desarrollo de la vida interior es de mayor importancia, en los hechos le dedicamos más energía a lo externo. Pasamos más tiempo en el trabajo que con la familia, si bien pensamos que lo hacemos por ellos. Estamos más enfocados en ser una persona respetada por otros que en examinar nuestras falencias.

Tal vez esta contradicción tiene sus raíces en cómo se percibe al individuo actualmente. Los griegos advertían contra la *hubris*, el exceso del orgullo que nos hace transgredir límites que nos han impuesto los dioses. La tradición judeocristiana también desarrolló una gran sensibilidad por la debilidad humana, reflejada en el pecado original. Brooks fija el punto de inflexión que nos alejó de esa herencia en el romanticismo de Jean-Jacques Rousseau, el gran teórico de la democracia. Sostiene que antes la falibilidad humana debía ser coartada por la cultura, civilización y el artificio, mientras que Rousseau apostó por la natura-



Otra categoría de laureles se gana fuera de competencias. Es la parte de nuestro ser que no nos mide por lo que hacemos sino por lo que somos”.

leza, el individuo y la sinceridad.

La celebración del individuo, iniciada en el romanticismo, produjo muchos cambios positivos. Dio origen al sufragio universal, a los derechos laborales, así como a las tareas pendientes de eliminar la pobreza y discriminación. Pero esta preocupación por las personas va demasiado lejos cuando la dirigimos exclusivamente hacia nosotros mismos. Creemos que debemos ser capaces de convertir cualquier sueño en una realidad con tal de quererlo y de esforzarnos lo suficiente. Nuestra felicidad dependería de ser quienes verdaderamente somos, de no someternos a las normas ni a los valores de otros. Paradójicamente, subimos esta individualidad única y nuestra a las redes sociales en busca de los "likes" y "retuitos" del mayor número de gente posible.

Tal vez nos hace falta una dosis de humildad. Nos podría hacer bien recordar que somos seres imperfectos, que a nuestras virtudes las acompañan varias debilidades, que el autocentrismo nos impide ver los límites de nuestro talento.

Alexis Sánchez no tuvo un buen debut esta semana jugando por Manchester United. Se esforzó mucho pero no pudo impedir que su nuevo equipo cayera ante Tottenham. Ojalá que lo recordemos más por su entereza ante estas decepciones que por la cantidad de goles que anote. Ese triunfo no se lo quitaría nadie.

Pablo Galaz

Centro de Sistemas Públicos (CSP) - Ingeniería Industrial U. de Chile



Bolsas plásticas y su libre consumo

El pasado 3 de enero de 2018, el Senado aprobó un proyecto que regula la utilización de bolsas plásticas desechables de un solo uso. Entre otros puntos, este proyecto busca prohibir que el comercio entregue en forma gratuita bolsas no degradables a consumidores, incentivando el uso de materiales biodegradables. Sin perjuicio del gran avance que esto implica, a nivel internacional este tipo de regulación no sólo se ha centrado en impulsar la utilización de materiales más amigables con el medio ambiente, sino también en modificar el comportamiento de las personas al respecto. Para lograr esto último, la medida general ha sido obligar al comercio a cobrar por cada bolsa que se entrega a un consumidor. Que las bolsas desechables sean ahora biodegradables no incentiva un menor empleo de las mismas: la decisión de utilizarlas no se modifica en cuanto éstas podrían ser entregadas gratuitamente tal como ocurre hoy en día. Pero si se establece un precio para ellas, esta opción que "por defecto" cambia, genera una señal clara para los consumidores: el uso de bolsas plásticas tiene un costo que debemos asumir.

La evidencia internacional es bastante clara. En Inglaterra, por ejemplo, la introducción de un costo de £0,05 por bolsa plástica (algo así como \$40), en octubre de 2015, logró reducir en un 85% su consumo en tan solo seis meses. Lo mismo se evidenció en Gales (71% en 2015), Escocia (80% en 2015) e Irlanda del Norte (72% en 2014). Esta regulación establece que el dinero recaudado por la venta de bolsas plásticas sea donado a ONG y organizaciones de la sociedad civil que trabajan por la protección y defensa del medio ambiente.

La implementación de este tipo de medidas, por cierto, debe complementarse con otras acciones. Por ejemplo, es fundamental educar a la ciudadanía sobre las razones de por qué se establece un precio por este producto. Asimismo, es deseable crear una oferta de alternativas que en el corto plazo sean menos costosas y más amigables con el medio ambiente, como el uso de bolsas de género o de bolsas plásticas biodegradables que puedan ser reutilizadas. Todo ello, a fin de facilitar la adopción de nuevas conductas de los consumidores para que, de una vez por todas, seamos conscientes del efecto de nuestro actuar cotidiano en el medio ambiente.